

El peronismo bonaerense: inserción nacional y liderazgos*

MARÍA MATILDE OLLIER

UNSaM

Maria.Ollier@unsam.edu.ar

El artículo apunta a demostrar la imbricación de las políticas nacional y bonaerense, entre 1983 y 2005, expresada en la construcción de los máximos liderazgos del Partido Justicialista provincial. El resultado se traduce en la presencia de una zona gris donde ambos territorios “anidan” su dinámica política dando lugar a diferentes escenarios derivados de tres tipos diferentes de impacto político: provincializador (de la provincia sobre la nación), nacionalizador (de la nación sobre la provincia) y cooperativo. Por esta vía el artículo refuta parcialmente el mito de la influencia exclusiva de la política provincial en el ámbito nacional al tiempo que verifica el proceso inverso por el cual Buenos Aires padece, como ningún otro Estado subnacional, los avatares de la macropolítica.

I. Introducción

Resulta un lugar común afirmar que desde antaño la Provincia de Buenos Aires ha jugado un rol preponderante en la política argentina. Sin duda, los triunfos o las derrotas electorales en ella nunca constituyeron un dato menor para los gobiernos nacionales. Su notable potencial des/estabilizador y su influencia han sido destacados por su hipertrofia, por su poder institucional en la Cámara de Diputados de la Nación y por su cercanía geográfica al poder central¹. Estas perspectivas, aunque acertadas, observan el fenómeno parcialmente; pues mientras el sistema político nacional se

* La primera versión del artículo fue la ponencia presentada en el VII Congreso de la SAAP, y forma parte del Proyecto Prioritario de la Escuela de Política y Gobierno, otorgado por la Universidad Nacional de San Martín. Agradezco las oportunas sugerencias de Arturo Fernández, Ricardo Gutiérrez y Lorena Moscovich, y de los integrantes del proyecto, Guillermo Alonso, Marcelo Cavarozzi, Marina Chiaramonte, María Pía Vallarino y Nerina Visacovsky.

¹ Sobre la hipertrofia, Malamud (2004). Sobre el poder institucional en la Cámara Baja, la provincia cuenta con 70 diputados; su fortaleza al inicio del gobierno del presidente Kirchner, Ollier (2005).

ve afectado por un fenómeno de territorialización (Calvo y Escolar, 2005) o provincialización (Navarro, 2003), que presupone una mayor fortaleza de los gobernadores, Buenos Aires sufre, al mismo tiempo, un marcado proceso de “nacionalización”; esto es, un impacto decisivo de la política nacional en su territorio. Finalmente, varios acontecimientos de las últimas décadas muestran que la cooperación entre provincia y nación suele ser otro dato a tener en cuenta en esa conexión.

Si la falta de homogeneidad de los subsistemas políticos que conforman un país federal ha llevado a prestar creciente atención a diversas problemáticas de los estados provinciales, este artículo sugiere que Buenos Aires constituye una excepcionalidad de la dinámica política nacional². Sin duda, la relación entre nación y provincia adquiere variaciones que pueden dar lugar a diferentes singularidades, sin embargo, siempre se ha tendido a destacar el influyente rol que ha jugado Buenos Aires sobre la política nacional en detrimento de las desventajas que la provincia ha padecido en esa ligazón. En consecuencia, estas notas enfatizan que los tres impactos arriba señalados (ascendencia bonaerense en el ámbito nacional, repercusión de la política nacional sobre Buenos Aires y cooperación) evidencian una imbricación de las dos instancias (nación y provincia), que configura una clave para comprender la política provincial. Para describirla y explicarla, se focaliza en el análisis de la emergencia, el desarrollo y el eclipse de los máximos dirigentes del Partido Justicialista bonaerense (PJB), en tanto esta fuerza ha gobernado la provincia desde 1987. De manera secundaria se verá la relación de la política provincial con los liderazgos nacionales³.

² Los estudios políticos sobre Buenos Aires de las últimas décadas se han concentrado en el Conurbano y han versado sobre los sectores populares desde distintas perspectivas analíticas: el clientelismo (Auyero, 1997), la moral (Frederic, 2004), las formas de sobrevivencia (Hintze, 1989) y la desocupación (Iñiguez y Sánchez, 1995). Sobre el Conurbano y desde el periodismo, (O'Donnell, 2005). Más escasos resultan los estudios de política e instituciones; entre ellos se encuentran las relaciones entre género y poder (Masson, 2004) y un análisis sobre el Fondo de Reparación Histórica (Chiara, Danani y Flic, 1998). Los estudios sobre democracia local también han aportado al conocimiento de la provincia (Amaral, 2005; Maurich, 2005). Constituyen una referencia ineludible los análisis de historiadores referidos a la política bonaerense (Walter, 1987; Béjar, 2005; Melón Pirro y Quiroga, 2006) y los realizados por el grupo de trabajo que dirige Luis Alberto Romero en nuestra escuela.

³ El artículo se refiere de manera indistinta al peronismo bonaerense y al Partido Justicialista bonaerense pues no es su objetivo una discusión teórica que excede sus límites. Dejo la UCR de lado por razones de espacio. Simplemente señalo el impacto nacionalizador: ganó la gobernación en 1983 por el efecto arrastre del triunfo de Alfonsín. La segunda *performance* importante la hizo en la Alianza merced a la candidata del Frepaso.

Desde la década del '90, la ciencia política presencia un florecimiento de los estudios sobre América Latina, cuyo eje interpretativo coloca en las instituciones la variable independiente capaz de definir la marcha de la política. Sin embargo, O'Donnell (1995: 57) al definir la noción de instituciones como “*regularized patterns of interactions, the rules and norms that embodied them can be formal or informal*” concluye que la democracia delegativa, que con excepciones reina en la región, conlleva una débil institucionalización (O'Donnell, 1995: 62). Esto significa que la rutinización de las reglas y de los procedimientos funciona sólo parcialmente. Por lo tanto, sin ignorar los avances que los estudios institucionalistas han implicado para el conocimiento de la política democrática en América Latina (Munck, 2004; Ollier, 2006), en países con tradiciones caudillescas, con un auge creciente de la personalización de la política, con partidos escasamente institucionalizados y con problemas de crisis o metamorfosis (según cómo se lo mire) de la representación, resulta imperioso completar aquellas investigaciones atendiendo a variables por demás evidentes en el funcionamiento de la política, como es el caso de los liderazgos. Sin duda, la personalización de la política añade un escollo más a la relación entre liderazgo, partido y gobierno⁴. Dado que no es mi objetivo proponer una perspectiva teórica al respecto, remarco que el artículo procura una exploración empírica tendiente a explicar cómo la imbricación existente entre las políticas nacional y provincial afecta la alternancia de los máximos dirigentes justicialistas bonaerenses y en consecuencia el recambio de sus gobernadores.

La imbricación entraña la existencia de una zona gris donde ambos espacios (nacional y provincial) se superponen, permitiendo detectar tres impactos: *provincializador* (de la provincia sobre la nación), *nacionalizador* (de la nación sobre la provincia) y *cooperativo* (de cooperación). Estos impactos son capturados a partir de examinar los conflictos entre los liderazgos, los cuales se despliegan de manera irregular en el marco de tres contextos políticos. Así, la segunda sección da cuenta del contexto (1983-1987), signado por la disputa entre los liderazgos renovadores y ortodoxos expresados en las figuras de Antonio Cafiero y Herminio Iglesias. La tercera sección (1988-2003) se enfoca en el protagonismo creciente de Duhalde y su intrincado vínculo con Carlos Menem. La cuarta sección (2003-2007) se centra en el creciente desplazamiento de Duhalde bajo la presidencia de Néstor Kirchner

⁴ En un importante esfuerzo de síntesis, D'Alessandro (2004) recoge 6 perspectivas, en la literatura que toca el tema, sobre los diferentes significados de la personalización de la política. Para un estudio en profundidad de la relación entre los elementos personales e institucionales del liderazgo representativo, Novaro (2000).

luego de la nominación de Cristina Fernández de Kirchner. En resumen, el artículo indaga la imbricación ocurrida entre 1983 y 2006 de la política nacional y provincial, reflejada en tres tipos de impactos (nacionalizador, provincializador y cooperativo) y su influencia en la configuración de los liderazgos bonaerenses. Al final, se sugiere una descripción del peronismo provincial enfocada en los tres pilares que lo constituyen (liderazgo, partido y gobierno).

II. Liderazgos ortodoxos y renovadores, nacionales y provinciales (1983-1987)

Cuando el régimen autoritario dio señales de apertura política, hacia fines de 1982, el peronismo se hallaba bajo la égida de su vieja dirigencia. Su cúpula estaba en manos del sindicalismo (Gutiérrez, 2000). Lorenzo Miguel, al frente de las 62 Organizaciones Peronistas, y Herminio Iglesias, encabezando el PJB, conformaban la alianza que comandaba el justicialismo. Detrás de la resolución de la candidatura presidencial ocupaba un lugar destacado la nominación a gobernador de Buenos Aires. Se inició, entonces, una controversia entre Antonio Cafiero y Herminio Iglesias que involucró al sindicalismo. El grupo pro-cafierista se encontraba dentro de la CGT República Argentina, organismo en disputa con los jefes de las 62 Organizaciones, aliados de Iglesias. En consecuencia, en tanto se encontraba envuelta el ala gremial, el MUSO, comandado por Cafiero, y el Grupo de los 25 constituían un desafío no sólo a la jefatura provincial del PJ sino también a la conducción nacional.

Dos conflictos ocurridos entre Iglesias y Cafiero manifestaron la imbricación de ambos territorios políticos. El primero se inició en agosto de 1983, cuando la mayoría de los congresales del PJB proclamaron la fórmula Herminio Iglesias-Oscar Amerise como candidatos a gobernador y vice por Buenos Aires para las elecciones que se avecinaban. Ante la amenaza lanzada por Cafiero de impugnar la candidatura de Iglesias, el peronismo nacional, en la figura de Miguel, lo presionó para que aceptara la decisión del PJB (Gutiérrez, 2000). El altercado se resolvió entonces a favor de Iglesias merced a la intervención de las 62 Organizaciones (*impacto nacionalizador*). El triunfo de Alfonsín en 1983 y de su candidato provincial, Alejandro Armendáriz, convirtió a la alianza de la necesidad, entre Miguel e Iglesias, en la coalición del fracaso, pues ambos privilegiaron, antes que sus trifulcas, su necesidad reforzar el poder de cada uno frente a eventuales contrincan-

tes. Entre éstos el más importante residía en el espíritu renovador que movilizaba a varios dirigentes, sobre todo en Buenos Aires.

La victoria radical en la provincia, por el “efecto arrastre” del triunfo nacional de Raúl Alfonsín, desmereció aún más la figura de Iglesias (*impacto nacionalizador*), dando una oportunidad a los vientos renovadores⁵. En diciembre de 1984 se constituyó el Frente Renovador Peronista, primera organización de esta corriente, en vistas a disputar la conducción partidaria en el Congreso Nacional Justicialista. El MUSO de Cafiero ocupaba un lugar clave en el frente. Los congresos partidarios que se sucedieron (Odeón, Río Hondo, Santa Rosa) dejaron como saldo un claro enfrentamiento, dentro del ala bonaerense, entre los ortodoxos, liderados por Iglesias, Secretario General del Consejo Partidario, y los renovadores comandados por Cafiero.

El segundo conflicto entre ambos dirigentes quedó reflejado a propósito de las elecciones legislativas de noviembre de 1985. Ante la insistencia del renovador de desafiar a Iglesias la conducción del PJB, éste desplegó tres maniobras: conseguir la intervención del PJB por parte del Consejo Nacional, controlar la Junta Electoral partidaria bonaerense, obligándola a impugnar las listas cafieristas en la competencia interna para la elección general de noviembre de 1985 (con lo cual quedaba suspendida la confrontación) y negociar con Vicente Saadi una lista de unidad para el PJB. Ante la encerrona que el conjunto de artimañas entrañaron para el cafierismo, su jefe optó por competir en la elección general con su propia fuerza política, el Frente de Renovación para la Justicia, la Democracia y la Participación (Frejudepa), del cual formaron parte los demócratas cristianos.

La decisión de Cafiero de concurrir por fuera del justicialismo, dado el bloqueo que le impuso Iglesias en alianza con el peronismo nacional, obtuvo como réplica su expulsión del PJB, junto a otros renovadores. No obstante, la presencia de otra lista justicialista, no oficialista, revelaba el fracaso de Iglesias para conducir el peronismo bonaerense unido. Si a esto se suma que, pese al triunfo radical, la performance del Frejudepa (26,35 por ciento) superó a la del Frejuli (9,59 por ciento), se comprende que la jefatura herminista había sido herida de muerte. Los resultados electorales produjeron un reacomodamiento a nivel de la cúpula del PJ a favor de Cafiero. La desgracia recayó sobre Iglesias: al mes de la derrota el Consejo Nacional lo destituyó como secretario general y declaró terminada la labor de la junta

⁵ Es interesante que la derrota en Buenos Aires perteneció a una minoría producida en otras 6 provincias, pues el PJ triunfó en 12 provincias. Para un análisis del PJ en cuanto a sus rasgos organizacionales, Mustapic (2002).

interventora provincial. Su poder institucional desaparecía a nivel nacional (*impacto provincializador*).

El triunfo de Cafiero en la (de hecho) competencia interna abierta bonaerense lo dispuso a dar una batalla estratégica: la renovación del peronismo nacional. Favorecido por los resultados electorales, el peronismo rebelde —con importante poder en Buenos Aires— impactó en el peronismo nacional. Las cifras encontraron su correlato en la conformación de sus nuevas autoridades. Junto a Carlos Grosso y a Carlos Menem, Cafiero pasó a ocupar la dirección formal de esa corriente. El camino a la cúspide provincial del PJ se le había allanado, quedándole el combate por la gobernación. Al acercarse las elecciones generales de 1987, el partido convocó a la competencia partidaria para la selección de los candidatos a legisladores provinciales e intendentes. El cafierismo volvió a ganar (con el 75 por ciento de los votos, el 26 de abril de 1987). En consecuencia, la fórmula Antonio Cafiero - Luis Macaya resultó la elegida para la gobernación. De ahí que aún cuando el PJ se impuso en las elecciones nacionales de septiembre de 1987 (41,5 por ciento contra el 37,3 por ciento de la UCR), la estrella de la noche la constituyó la victoria de Antonio Cafiero (con 2.800.000 votos contra 2.370.000 que obtuvo la UCR). El trofeo que significaba la gobernación de la provincia lo convirtió en el jefe del PJ nacional (*impacto provincializador*). Sin embargo, el fin de la pulseada entre renovadores y ortodoxos no trajo la calma a las aguas justicialistas, por el contrario, una nueva rivalidad se abrió por la candidatura presidencial para 1989. En el mismo momento que llegaba a la cima, el bonaerense iniciaba su declive como el líder del peronismo nacional. Para entenderlo tenemos que rastrear en los entretelones de la confrontación entre Iglesias y Cafiero.

Esa pugna facilitó la penetración de Menem en la comarca bonaerense, al ubicarlo mejor en su posterior confrontación por la precandidatura presidencial⁶. Este enfrentamiento encontró en la Provincia de Buenos Aires y en el PJB un eslabón favorable al caudillo de La Rioja, precisamente allí donde podía hallarse su obstáculo insalvable. Menem intervino en la batalla provincial sacando ventaja de su colocación renovadora y de los restos del herminismo. Su agrupación, Federalismo y Liberación, acordó con dirigentes ortodoxos la conformación de las listas de esa tendencia para competir con el cafierismo en dos oportunidades antes de la elección interna por la

⁶ De todos modos es justo recordar que la incursión de Menem en territorio bonaerense se vio favorecida no sólo por el viejo aparato *herminista* sino también por la falta de coherencia partidaria que caracterizó a la renovación peronista (Arias, 2004; de Ipola, 1987).

candidatura presidencial en 1988⁷. Por eso los preparativos de Cafiero, rumbo a continuar su ascendente carrera política, tuvieron en Menem un adversario para sus aspiraciones de más largo plazo. Eso explica que convertido Cafiero en gobernador y en jefe del PJ nacional, Menem aceptó su segundo lugar, como vicepresidente del peronismo, con una condición: que la puerta quedase abierta a sus posibilidades de competir por la pre-candidatura presidencial⁸.

El riojano, según Arias (2004), estrechó lazos con el sector ortodoxo de su partido para armar una maquinaria electoral capaz de permitirle ganar aquella competencia. En ese camino la figura de Duhalde facilitó la incursión exitosa de Menem en el distrito, al transformarse en el centro de la red provincial que acudió en su apoyo. Arrojar a Duhalde en brazos de Menem devino un efecto no deseado de los desaires que en dos ocasiones le propinó Cafiero: ignorarlo como su compañero de fórmula a la gobernación y desplazarlo al segundo lugar en la lista de diputados nacionales detrás de Italo Luder. Probablemente Duhalde consideró el segundo hecho un gesto desleal, que lo indujo a pensar que Cafiero jamás consentiría su crecimiento político. Luego de esa lectura sobre su futuro, corrió a unirse a las filas menemistas.

De ahí que la Provincia de Buenos Aires figuró en las dos fórmulas presidenciales de la competencia interna. Una se hallaba encabezada por Cafiero (vicepresidente José M. De la Sota) y la otra la secundaba Eduardo Duhalde (presidente Carlos Menem). Si la primera oferta obtuvo el apoyo de Saúl Ubaldini, los viejos aliados de Iglesias, Lorenzo Miguel, Juan Carlos Rousselot y Jorge Triaca estuvieron del lado de Menem. Dado que Duhalde había participado en la creación de la Renovación, su inclusión en la fórmula presidencial impidió a Cafiero acusar a Menem de estar demasiado vinculado a la aún vigorosa facción ortodoxa (McAdam, 1996). Del resultado importa destacar que la principal máquina electoral del peronismo, esta vez controlada por Cafiero, resultaba derrotada allí donde poseía mayor capacidad de sumar votos, en una elección interna. Es decir, cuando la competencia intrapartidaria enfrentó a Cafiero con Menem, aquél salió vencido no sólo a nivel nacional sino también en su propio distrito.

⁷ En las elecciones internas (16/11/86) para elegir autoridades distritales y congresales nacionales donde Federalismo y Liberación obtuvo el 27 por ciento contra el 64 por ciento del Frente Renovador Peronista de Cafiero, y en las elecciones generales de 1987 para candidatos a legisladores provinciales e intendentes, donde el cafierismo volvió a ganar con el 75 por ciento de los votos.

⁸ Por primera vez, el presidente del PJ no es el candidato a presidente de la fuerza.

En suma, la contienda entre Cafiero e Iglesias trajo a escena la imbricación de las instancias nacional y provincial a través de sus diferentes impactos (ver Cuadro 1); *nacionalizador* (dos): la nominación de Iglesias a la gobernación y su derrota; *provincializador* (dos): desplazamiento de Iglesias de la conducción nacional como resultado de su mala performance electoral en las elecciones legislativas de 1985 y el ascenso de Cafiero a la jefatura del PJ debido a su acceso a la gobernación; *cooperativo*: la alianza Menem-Duhalde que derrota a Cafiero en la competencia interna por la candidatura presidencial, incluso en la provincia. El diferente desempeño de Iglesias y de Cafiero, el protagonismo que fue tomando Duhalde y el ingreso de Menem a la provincia evidencian, a su vez, cómo la imbricación afecta la construcción de los liderazgos provinciales.

III. Eduardo Duhalde intercepta nación y provincia (1989-2003)

Entender cómo Eduardo Duhalde simboliza la intersección de la política nacional y bonaerense lleva a considerar su relación con Menem, que no por conocida resulta menos importante a la hora de analizarla desde la perspectiva aquí planteada. Dentro de esta mirada se incluyen las tres etapas clave de ese vínculo: la alianza que lleva a ambos a la presidencia y vicepresidencia de la República, las maniobras de Duhalde frente a los altibajos de la administración de Menem que lo posicionan como gobernador, y la llegada del bonaerense a la presidencia provisional del país. La primera fue analizada en la sección anterior. Simplemente comienzo este ítem con una reflexión. Si Miguel —con todas sus vacilaciones— resultó decisivo para sostener el poder de Iglesias en la provincia, Menem lo fue para el encumbramiento de Duhalde. La historia del acercamiento con Menem, al comienzo de la democracia, y su posterior confrontación explican, en parte, el lugar de Duhalde como caudillo del peronismo bonaerense tras el opacamiento de Cafiero, luego de su malograda *performance* en la competencia interna por la candidatura presidencial en 1988.

Luego de hacerse cargo del gobierno nacional, Menem atravesó dos años de vicisitudes económicas que ofrecieron al vicepresidente Duhalde la ocasión para seguir acumulando poder. Se inicia entonces la segunda etapa en el vínculo entre ambos. En principio, las medidas implementadas al inaugurarse el mandato llevaron a Cafiero a tomar distancia del gobierno nacional, argumentando la necesidad de regresar a la doctrina de Perón y culpando a Menem de la desaparición del Partido Justicialista.

Responsabilizaba al presidente por una administración poco democrática, dando como ejemplos la designación de una Corte Suprema complaciente y el exceso de decretos de necesidad y urgencia. La rivalidad entre el gobernador y el presidente continuó acrecentando el predominio de Duhalde, quien desde la vicepresidencia se perfilaba como el sucesor. En consecuencia, la relación que ambos mantuvieron, una vez que ocuparon el ejecutivo nacional, se planteó de manera sinuosa. Al frente del Senado de la Nación, el vicepresidente estrechó el vínculo con Alberto Pierri (ex cafierista), presidente de la Cámara de Diputados de la Nación y, paralelamente, reforzó sus conexiones con el cafierismo. En ese marco se posicionó de una manera ambigua, que le permitió sacar ventaja de esa tensión entre ambos bandos, en el breve y problemático lapso por el cual atravesó Menem al comienzo de su mandato.

Dos episodios revelaron la caída en desgracia de Cafiero y por lo tanto el fin de su ascendente carrera política: la derrota en la competencia interna en su propio territorio y el resultado del plebiscito, convocado en agosto de 1990, para reformar la Constitución provincial (y ser habilitado para un nuevo período). El triunfo del “no a la reforma”, al colocar un obstáculo insalvable a su reelección, dio la oportunidad a los menemistas, los duhaldistas, los riquistas y los conservadores provinciales de ocupar el espacio que comenzaba a dejar libre el cafierismo. Los ultramenemistas, *rojo punzó*, clamaban por restarle poder al gobernador, quien fue apartado entonces de la conducción nacional del partido en agosto de 1990 (*impacto provincializador*). El debilitamiento de Cafiero y su grupo por el veredicto de las urnas —que significó el plebiscito—, sumado a la sed de poder de los menemistas bonaerenses, brindó la oportunidad a Duhalde de seguir mejorando su situación política. Junto a Menem, aunque de manera un tanto encubierta, no apoyó la reforma, pero al mismo tiempo evitó quedar identificado con los menemistas ortodoxos que vociferaban contra ella. A su vez, las buenas nuevas en el terreno económico del año '90 a nivel nacional le cedieron un mejor lugar en la provincia. La economía atravesaba un viento favorable de la mano de Erman González, en agosto de 1990. Las encuestas exhibían a Menem bendecido por el 60 por ciento de la opinión pública, que se mostraba favorable a su gestión. Los enredos protagonizados entre los menemistas provinciales y los cafieristas fueron transformados por Duhalde en una ventaja: se alió con el segundo grupo (algunos de cuyos dirigentes tampoco querían, luego del descalabro, quedar demasiado distanciados del presidente) y logró así alzarse con la presidencia del PJB, de cuya conducción quedó excluido el ultramenemismo.

Cuando comenzó 1991 dos razones llevaron a Menem a pensar en Duhalde como candidato a gobernador por el justicialismo provincial. Terminado su verano político, producto de una nueva espiral inflacionaria y de la emergencia de las primeras denuncias por corrupción (la leche de Vicco, los bonos de Cardozo), el presidente temió una salida anticipada del ejecutivo. El fantasma del fin del gobierno de Alfonsín rondaba la atmósfera política. Ante esa eventualidad, la sucesión habría de recaer en el vicepresidente⁹; esta posibilidad de recambio no resultaba bien evaluada por Menem. La otra razón yacía en su necesidad de un candidato capaz de hacer una buena elección a la gobernación de Buenos Aires. Fue en ese contexto que le propuso a Duhalde la candidatura para las elecciones de septiembre de 1991, intentando alejar los dos espectros: crisis presidencial y, en caso de que ésta no ocurriera, derrota bonaerense. El vicepresidente demoró seis meses en responder al convite; el tiempo necesario para evaluar las oportunidades y los obstáculos que la gobernación podía significar en su ascendente carrera política. El tiempo que le llevó tomar la decisión jugó a su favor. Impidió la instalación de otro postulante favoreciendo, a su vez, la aceptación de las condiciones que habría de poner. Entre ellas, la más importante implicó una redefinición de la relación financiera entre la nación y la provincia. A lo cual obviamente accedió el nuevo ministro, quien veía por esos días estabilizarse la economía. Este éxito, al tiempo que ahuyentaba el fantasma de una salida anticipada de Menem, incrementaba las posibilidades de Duhalde de lograr la gobernación y contar con recursos para su gestión.

Duhalde expresaba el oficialismo nacional en Buenos Aires; es decir, se trataba de la “continuidad” de las políticas exitosas del presidente. Sin embargo, no representaba el oficialismo subnacional, simbolizado en Cafiero. Esto debía quedar claro desde el inicio. Por lo tanto la estrategia discursiva de Duhalde durante la campaña apuntó a descalificar al gobierno provincial de manera solapada, al advertir, por ejemplo, sobre la injusta distribución de los recursos federales. Sus negociaciones con Menem y con Cavallo le permitieron garantizar a los bonaerenses que si él ocupaba la gobernación en La Plata, recibiría los recursos necesarios para salir de la crisis provincial. De esta manera disparaba un tiro por elevación a la administración saliente. En consonancia con el discurso del titular de Economía de la Nación, el vicepresidente Duhalde —en su lenguaje llano— remitía finalmente a la implantación de una administración eficiente. Con ello evitaría el “amiguismo” en el Estado provincial, en donde los técnicos, y no los allegados al

⁹ Sidicaro (2002: 173) registra el clima de salida anticipada.

gobernador, ocuparían los lugares correspondientes a los expertos. El discurso acorde con, y junto a, la situación económica nacional produjo una combinación eficaz que catapultó a Duhalde a la cúspide política provincial.

En resumen, la alineación de Duhalde con Menem marcó el principio de un camino político de acumulación sostenida de poder. Cuando ganó la gobernación ya había construido un poder relativamente importante en el PJ provincial. Para lograrlo se posicionó entre el cafierismo y el menemismo ortodoxo, utilizó a su favor tanto los momentos prósperos como los descensos que atravesó el gobierno nacional y supo hacerse un lugar en los medios¹⁰. Los vaivenes producidos por los circunstanciales períodos de calma y turbulencia, tanto económica como política, que transitó Menem, en sus dos primeros años al frente del gobierno nacional (hasta la llegada de Cavallo y la convertibilidad) fueron hábilmente utilizados por el bonaerense para continuar acumulando poder. La convergencia de una particular situación nacional con otra provincial le facilitó llevar adelante, desde temprano, un proyecto político autónomo de Menem. Supo volcar a su favor los vaivenes de la política nacional con el debilitamiento del cafierismo a nivel provincial¹¹. Este, finalmente, habrá de devenir duhaldista.

Las primeras fisuras públicas entre el presidente y el gobernador comenzaron hacia 1993-1994, años de las reformas constitucionales, nacional y provincial¹². La cuña visible y también la excusa la constituyeron la economía y la cuestión social; la estabilidad, en la visión de Duhalde, debía ir acompañada de la realización de la justicia social. Con este reclamo congregó en torno a su figura aquellos dirigentes justicialistas disconformes con la política oficial. De ese modo, a medida que afirmaba su polo de poder terri-

¹⁰ Esto me lo hizo notar Laura Masson, quien lo había relevado en una investigación que estaba realizando.

¹¹ En el discurso de asunción, con tono y lenguaje propios de los jefes justicialistas tradicionales afirmaba: “Quiero, entonces, expresar que llevaré para siempre en *mi corazón* la gratitud hacia el *pueblo argentino por el cariño y la confianza* que me ha deparado y hacia mis coprovincianos por *la fe y la esperanza* que en mí han depositado” (Luchessi, s/d: 29) [énfasis nuestro]. El discurso hallaba antecedentes en declaraciones realizadas por Duhalde desde 1988: al Estado provincial ineficaz y sobredimensionado, producto del asalto clientelar (de los gobiernos anteriores), opondría una “auténtica moral del poder”; un sistema educativo abandonado (por lo cual había colapsado) cedería paso a la defensa de la escuela pública; la lucha contra el sida, la droga y el desempleo tendrían como meta la recuperación de la familia (contra la cual atentaban estos flagelos); la máquina del delito sería desmontada para dar paso a la seguridad pública. Un discurso de tinte fundacional iba en línea con el de Perón en 1946 y con el Menem en 1989. El flamante gobernador se disponía a refundar la provincia.

¹² Palermo y Novaro (1996) explican las negociaciones que mantuvieron Menem y Duhalde a propósito de ambas constituyentes.

torial e institucional, se distanciaba y diferenciaba de Menem. Si la estrella de éste como jefe del PJ imperceptiblemente comenzaba a apagarse (Palermo y Novaro, 1996), el tiempo de Duhalde, para ocupar ese lugar, se aproximaba. Los recursos provenientes del “Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense” facilitaron numerosas políticas públicas y sociales que proporcionaron la imagen, fomentada por la propaganda del Estado provincial, de un gran hacedor. Por lo tanto, su principal tarea política, consistía en evitar que otro peronista, incluido Menem, anclase con fuerza en su territorio.

Llegado el tiempo de las elecciones legislativas nacionales de 1993, la masa de votos peronistas de la Provincia de Buenos Aires ayudó al triunfo del peronismo a nivel nacional, con lo cual resultó, sin duda, un plebiscito favorable a la gestión de Menem. Pero la posibilidad de la reelección presidencial necesitaba los votos, además de la habilitación constitucional. En consecuencia, la permanencia de Menem al frente del ejecutivo quedaba, de algún modo, ligada a Duhalde (*impacto cooperativo*)¹³. Pues, si en 1993 un pacto que hizo mucho ruido sellaba el acuerdo Menem-Alfonsín, que habilitó al primero a ser candidato nuevamente, otro más silencioso encarnado en Menem-Duhalde aseguraba en las urnas esa reelección. La contraparte favorable al gobernador fue la promesa de la sucesión presidencial, lo cual hizo, tempranamente, ubicar a Duhalde en ese rol¹⁴. Sin embargo, el compromiso otorgaba a Duhalde cierto poder de veto; ello explica por qué los años del acuerdo y del esplendor, 1993 y 1995, anunciaban al mismo tiempo tempestades.

A partir de 1994, el gobernador se lanzó a construir su propio espacio de liderazgo dentro del PJ nacional, con relativa autonomía de Menem, en vistas a garantizarse su legado. Tres gestos dan cuenta de la forma en que se proponía lograr su objetivo: asegurarse su propia reelección al frente del ejecutivo provincial, intervenir en la designación del acompañante de Menem en la fórmula presidencial para 1995 y acentuar un discurso político que lo diferenciara del presidente. La Convención Constituyente que reformó la Constitución de Buenos Aires dispuso que los votantes de ese distrito se pronunciaran a favor, o en contra, de la habilitación de la candidatura de Duhalde para las elecciones a gobernador. Así, el 2 de octubre de 1994 se

¹³ Duhalde no conseguía los números para su reelección dado que la oposición del Frente Grande, del riquismo y otras fuerzas provinciales se lo impedían. En esos momentos se rumoreaba que Menem intervino para hacer cambiar de idea a Rico, quien terminó dado sus votos a la reelección.

¹⁴ Palermo y Novaro (1996: 437).

llevó a cabo la consulta popular que otorgó un cómodo triunfo al gobernador, cuando el 61,5 por ciento del electorado lo habilitó a presentarse por un nuevo período. El segundo gesto consistió en reafirmarse como el sucesor a partir de alejar posibles competidores. Así sucedió con el nombre del vicepresidente para la siguiente competencia presidencial, en cuya elección intervino Duhalde. Barajar los nombres Alberto Pierri, Carlos Reutemann y Rodolfo Gabrielli cumplía la función de obstaculizar la candidatura de Ramón Ortega, propuesta por Menem y resistida por el gobernador, quien temía que el tucumano se convirtiese en delfín y sucesor. Carlos Ruckauf emergió, entonces, como el candidato aceptado por Menem que le permitió a Duhalde alejar un competidor, para él, peligroso (*impacto provincializador*).

El tercer gesto consistió en la adopción, con el correr del tiempo, de una actitud de “apoyo crítico” a la marcha del gobierno nacional. El año 1994 presenció distintos actos y palabras del gobernador distanciándose de Menem desde posiciones populistas¹⁵. Frases como, “la hora de la estabilidad debe dejar paso a la hora del trabajo” y autodefiniciones de su identidad como “peronista biológico, no menemista” (Palermo y Novaro, 1996) expresaban esa distancia. Por eso, cuando la fórmula Duhalde-Romá acompañó la oferta nacional peronista de la dupla Menem-Ruckauf, el gran acuerdo entre el jefe del peronismo y el caudillo provincial ocultaba el origen de una distancia cada vez mayor y de una conflictividad creciente por la sucesión y el liderazgo. El año de las reelecciones, 1995, los mostraba juntos; sin embargo, el sustento de esa unión radicaba, casi exclusivamente, en la ambición y la conveniencia.

Cuando todo futuro parecía predecible, la política nacional, una vez más, permeaba el distrito bonaerense. Esta vez la suerte de Duhalde se vio jaqueada por una estrella ascendente en el campo de las fuerzas políticas. Su temor, ante la amenaza que el naciente Frepaso podía significar, no era coyunturalmente infundado. De ahí que su distancia con la dupla Menem-Cavallo en torno a la política económica y a la necesidad de volver a los principios de la justicia social también se vinculó a la emergencia de un nuevo adversario procedente del espacio nacional. Así, pasado el tiempo electoral, cuando las cifras nacionales del desempleo mostraron de manera cruda la realidad económica, era dable pensar que el presidente empezara a perder terreno. Esa evaluación abría las puertas al tema sucesorio. Duhalde

¹⁵ En un acto en La Matanza se refirió de manera hostil a “las teorías economicistas que privilegian al capital financiero, a la renta y no al trabajo” en abierta oposición a la política de Menem-Cavallo (Palermo y Novaro, 1996: 443).

conjeturó, entonces, que había llegado la hora de proclamar públicamente su candidatura. Por eso, un tanto prematuramente, y ante la reticencia de Menem a nombrar sucesor, Duhalde se postuló para 1999, autohabilitándose, de este modo, como el heredero peronista del presidente.

Sin embargo, dado que la principal amenaza no se inscribió en el futuro diseño justicialista sino que provino del Frepaso, su carrera rumbo a la Presidencia de la Nación sufre el primer traspie cuando su mujer, Hilda González de Duhalde, pierde las elecciones legislativas en 1997 frente a Graciela Fernández Meijide¹⁶. Cuando la nueva coalición, con su candidata encabezando las caravanas capaces de incursionar en pleno corazón del poder duhaldista, enfrentó decidida y certeramente al peronismo provincial, éste no supo responder al desafío. La aspirante frepasista, sin hacerse cargo de la indudable tensión entre Duhalde y Menem, con un discurso sencillo los acusó, apelando a la nominación *menemduhaldismo*, por su conjunta trayectoria política. Dicha expresión responsabilizaba a ambos por el desempleo, la corrupción, la falta de independencia de la justicia y la inseguridad. Ni la esposa ni el gobernador supieron desmarcarse del presidente, o por el contrario defenderlo, de las críticas propinadas.

La decisión del matrimonio Duhalde frente al problema planteado radicó en provincializar la elección. Es posible conjeturar que de ese modo se hallaban en condiciones de matar dos pájaros de un solo tiro: evitar cualquier referencia a Menem y descalificar a una *porteña* que incursionaba en su territorio, ubicándola en el lugar de una advenediza. Erráticos, sin embargo, cambiaron permanentemente su estrategia de confrontación con la postulante aliancista. Descalificaban a su adversaria con diversos mote, como *paqueta de Barrio Norte*, sin lograr que los mismos prendieran en el electorado, a juzgar por las encuestas. Ni la estrategia de revivir la animadversión entre provincianos y porteños ni la de avivar pretendidos enfrentamientos de clase (la candidata aliancista era acusada de no hablar el lenguaje de los humildes) resultaron exitosas. Fernández Meijide derrotó a Hilda de Duhalde con el 48,3 por ciento de los votos frente al 41,3 por ciento que logró su contrincante. Esos 7 puntos de ventaja no sólo daban cuenta de la derrota del peronismo en su principal bastión (*impacto nacionalizador*) sino que herían gravemente las perspectivas presidenciales de Duhalde para 1999. El triunfo aliancista y su contracara, el fracaso de los Duhalde, ofrecieron a Menem la excusa perfecta para desplazar a Duhalde de la posición de heredero y una excelente oportunidad de buscar otro sucesor.

¹⁶ Para un análisis de esta elección, ver Ollier (2001).

La derrota de su esposa debilitó al gobernador también ante sus pares. Éstos, que no veían con buenos ojos los recursos enviados a la Provincia de Buenos Aires desde el gobierno nacional, se encontraron frente a un candidato que venía de sufrir un revés electoral. Menem, en parte aprovechando este tropiezo y en parte convencido de que la derrota de un jefe justicialista implicaba su desplazamiento (así lo entendió siempre), encontró un buen argumento para congelar la candidatura de Duhalde. El descalabro electoral permitía desconfiar de las chances de Duhalde de ganar en 1999. En consecuencia, el presidente aprovechó la ocasión para forzar las instituciones e intentar continuar al frente del ejecutivo.

De manera abierta, Duhalde y Menem llevaron adelante una conocida confrontación, sobre la que no voy a volver aquí, cuyos resultados debilitaron aún más las posibilidades del gobernador de alcanzar la presidencia¹⁷. En este artículo me interesa, en cambio, destacar dos cuestiones. La primera refiere al período durante el cual Menem tensiona el sistema político en pos de su reelección. En ese proceso será el gobernador bonaerense quien comandará la ofensiva contra la re-reelección del riojano y logrará bloquearlo políticamente dentro del justicialismo (*impacto provincializador*). Detrás del resultado de la confrontación política corrió la decisión jurídica que lo inhabilitó. La segunda cuestión la constituyeron sus maniobras tendientes a contrarrestar las acciones del menemismo para debilitar y condicionar sus chances presidenciales. Si bien sus operaciones no le permitieron ganar la elección, Duhalde logró, en medio del vendaval, defender su bastión. El peronismo de Buenos Aires no se vio arrastrado por su derrota nacional. Cuando casi todo parecía perdido, la ciudadanía provincial ofrendó mayoritariamente su voto a la fórmula peronista Carlos Ruckauf-Felipe Solá¹⁸. La relevancia de este triunfo impactó en el gobierno aliancista (*impacto provincializador*) al disminuir su capacidad política frente a la oposición y al restarle poder al Frepaso ante la UCR. Golpeado por su performance nacional, Duhalde continuó fortalecido dentro del peronismo provincial, y por lo tanto en el interior de la dirigencia justicialista. Su voz se escucharía intacta en la crisis de 2001.

La transición iniciada con la destitución de De la Rúa dio lugar a la tercera y última etapa relevante de la relación de Duhalde con Menem. Aquellos agitados días pusieron en evidencia la fragmentación que atravesaba el peronismo nacional, el cual encontró, en esa coyuntura, sus facciones y

¹⁷ Para mayores referencias de la contienda, Ollier (2001 y 2004).

¹⁸ Con el 48,3 por ciento de los votos el PJ venció a su contrincante, que obtuvo el 41,1 por ciento.

tendencias reagrupadas en torno a dos polos: el interior y Buenos Aires¹⁹. Por eso la coalición de gobernadores del primer bando logró la nominación de Rodríguez Saá contra los designios de la provincia donde el jefe político peronista seguía siendo Duhalde. Cuando las aspiraciones del Presidente provisional lo estimularon a permanecer en el cargo más allá de lo acordado (y apoyado por Menem), despertando la oposición de los otros aspirantes al sillón de Rivadavia, Duhalde se alzó con la Presidencia interina de la República. A la fracasada coalición de los gobernadores del interior le sucedió, entonces, la exitosa coalición de la Provincia de Buenos Aires, que incluyó al radicalismo comandado por Alfonsín (*impacto provincializador*). Los gobernadores justicialistas, en tanto carecían de otra alternativa, aceptaron en silencio el nuevo destino de su par bonaerense. Fue también la ocasión del vicegobernador, Felipe Solá, para trepar un escalón más, al abandonar su cargo Carlos Ruckauf, probablemente debido a su insolvencia para continuar gobernando la provincia.

Duhalde debió enfrentar nuevamente la oposición de Menem; para lo cual había tomado una decisión: impedir que el ex mandatario fuera el aspirante justicialista a la presidencia²⁰. Como la vía legal, elecciones internas abiertas simultáneas y obligatorias, brindaba una mayor oportunidad a Menem de salir victorioso en el PJ, el Presidente interino consiguió que la UCR votase su suspensión. En reemplazo, y por única vez, cada partido recurriría al método que considerase más conveniente. Es en este marco que Kirchner resultó el postulante del oficialismo a la presidencia. Es interesante observar cómo el disciplinado PJB y sus seguidores ofrendaron a Kirchner el número suficiente de votos para alcanzar el ballotage (*impacto provincializador*)²¹.

En suma, las relaciones entre Menem y Duhalde y el caso de Cafiero trajeron a escena la imbricación de las instancias nacional y provincial a través de sus diferentes impactos (ver Cuadro 1); nacionalizador: la nominación de Duhalde a la gobernación, la derrota de su mujer en la contienda legislativa, las repercusiones negativas de la ambigüedad de Menem en la campaña presidencial de Duhalde; *provincializador*: la destitución de Cafiero de la conducción del PJ nacional luego de perder el plebiscito, la nomina-

¹⁹ Con algunas diferencias, los segmentos del peronismo podían entrar en la categoría de facciones y tendencias de Panebianco (1982).

²⁰ Para un análisis de la presidencia Duhalde y sus dificultades para lidiar con la fragmentación peronista, con Menem y con la situación económica, Ollier (2004).

²¹ En menor medida el voto peronista bonaerense fue para Menem, en segundo lugar, y para Rodríguez Saá en tercero; ver cifras en Calvo y Escolar (2005: 269-270).

ción de Ruckauf a la vicepresidencia de la República, la ofensiva de Duhalde para impedir la modificación de la Constitución y la habilitación de Menem, el triunfo de Ruckauf a la gobernación y sus efectos tanto en el gobierno como en la relación de fuerzas de la Alianza, la nominación de Duhalde como presidente provisional en 2002 y el triunfo de Kirchner a la presidencia; *cooperativo*: el armado de la fórmula Menem-Duhalde, el pasaje de Duhalde como candidato a la gobernación provincial, las elecciones legislativas de 1993 y las reelecciones de presidente y gobernador en 1995. El crepúsculo de Cafiero, la instalación de Duhalde primero como dirigente nacional (vicepresidente) y luego provincial (gobernador), los vaivenes de su relación con Menem, su llegada a la presidencia y su respaldo a Kirchner, vuelven a poner al descubierto el impacto de la imbricación en la construcción de los liderazgos provinciales y sugieren una nueva mirada sobre los liderazgos nacionales.

IV. El predominio nacional sobre la provincia (2003- 2007)

Si luego del infortunio de Hilda de Duhalde en 1997, la discrepancia por la sucesión entre el caudillo bonaerense y Menem devino el núcleo de las confrontaciones en el interior del justicialismo, el primer año de la administración Kirchner exhibió, solapada y crecientemente, una nueva divergencia. Por segunda vez, el jefe del peronismo bonaerense enfrentaba a un presidente peronista. Duhalde se negó, en vistas a conservar intacto su poder provincial, a la participación de los candidatos kirchneristas en las listas bonaerenses para las elecciones de septiembre de 2003²². Esos comicios, a su vez, consagraron a Felipe Solá como gobernador. Es indudable que su triunfo se debió antes que a su gestión al frente del ejecutivo provincial, al poder de Duhalde para ubicarlo en ese puesto, a la alta ponderación del flamante presidente en esa coyuntura y al acuerdo entre el Presidente y Duhalde sobre su candidatura (*impacto cooperativo*). Duhalde mantenía la jefatura del PJB, el control sobre el conurbano bonaerense y un alto poder institucional en la Cámara de Diputados de la Nación²³. Sus conocidos diferentes puntos de vista con Kirchner, proporcionaron finalmente al Presiden-

²² Otro desacuerdo fue la política de Kirchner hacia el accionar de los piqueteros, en tanto los planes sociales formaban parte de los recursos que manejan los intendentes del conurbano bonaerense (antiguamente, exclusivos distribuidores de los mismos). Los piqueteros convertidos en nuevos distribuidores constituían una amenaza.

²³ Para mayor información, ver Ollier (2005).

te una oportunidad, cuando Felipe Solá decidió cambiar de bando para aterrizar en la comarca bonaerense.

Al igual que Menem, el santacruceño comenzó por prescindir del partido. Esta actitud promovió la discordia en tanto Duhalde cuestionaba el opaco nivel de ingerencia del justicialismo en la marcha del gobierno²⁴. Este creía en la necesidad de una mayor participación del PJ en el dispositivo de poder presidencial al tiempo que no veía con buenos ojos a la proclamada “transversalidad”. La negativa del Presidente a ocupar formalmente la jefatura partidaria y el conflicto que sostuvo al excluir a los dirigentes peronistas del acto realizado a propósito del Museo de la Memoria —a levantarse en el predio de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA)—, constituyeron dos eslabones problemáticos más que culminaron en el desconocimiento, por parte de Kirchner, del congreso partidario —en el cual se maltrató a su esposa—. El episodio terminó sin nombrar nuevas autoridades²⁵. Sin embargo, en el momento exacto en que Kirchner emprendió contra el jefe del poderoso aparato justicialista bonaerense, Duhalde tuvo a su favor la presencia de dos problemas cuya solución requerían un justicialismo unido: la protesta social y la rendición del examen económico (y no sólo con el FMI)²⁶. El presidente cesó sus reyertas con el caudillo bonaerense y con el partido. Kirchner renovó su alianza con Duhalde y con los caudillos peronistas que manejaban los aparatos territoriales capaces de llevarle cierta tranquilidad pública. Duhalde pasó a convertirse en el segundo año de gobierno en una figura que contribuía a garantizar el orden y la estabilidad.

En un contexto de fortaleza dentro y fuera del peronismo, para las legislativas de octubre de 2005 Kirchner emprendió una disputa frontal contra Duhalde para debilitar su posición de timonel del peronismo bonaerense. La divergencia encontró un primer escalón favorable al presidente cuando en medio de la relación entre ambos se instaló el gobernador Solá. El altercado entre Duhalde y Solá resultó propicio para que Kirchner hiciese pie en la provincia donde varios intendentes del conurbano resultaron de extrema utilidad en esa operación. La figura del gobernador se convirtió en la posibilidad para disciplinar al PJB bajo el bastón presidencial (*impacto nacionalizador*).

²⁴ Para un análisis detallado de la relación Duhalde-Kirchner, ver Ollier (2005).

²⁵ Kirchner luego obligó a renunciar a las autoridades quedando acéfalo y luego intervenido.

²⁶ Se acercaba la fecha de negociar con los acreedores externos parte de la deuda argentina.

En septiembre de 2004, el mandatario bonaerense respaldó públicamente la candidatura de Cristina de Kirchner como senadora nacional por la provincia, lugar que el duhaldismo de pura cepa había reservado para Hilda de Duhalde. En respuesta, el ex gobernador anunció su postulación a jefe del PJB, bajo el argumento de evitar una fractura. Inmediatamente estalló el conflicto intraperonista. A partir de allí la intervención de Kirchner a favor de Solá dio paso a una historia conocida. No cabía ninguna duda que el retorno fugaz a la jefatura justicialista bonaerense —por parte de Duhalde— implicaba una fuerte señal de su decisión de conservar el poder provincial; destinada a impedir que Solá enfrentase al duhaldismo en buena parte de la provincia, proponía listas de unidad. Una mera proclamación reemplazaría la competencia partidaria. Al quedar Solá en minoría, el duhaldismo estaría en condiciones de obtener el triunfo. De esta manera Duhalde se aseguraba la hegemonía frente a Kirchner en las negociaciones por las candidaturas a legisladores nacionales.

Probablemente sin contrariar los deseos presidenciales y acompañado de varios intendentes, el gobernador lanzó su línea interna para diferenciarse de los duhaldistas, bajo el pretexto de terminar con la “vieja política”. Mientras tanto, el ex Presidente provisional definía su línea “Lealtad” en vistas a poner un límite a las pretensiones del gobernador y, en consecuencia, evitar la intervención de la Casa Rosada en su distrito. Pero la suerte estaba echada. El debate sobre la ley de presupuesto dio pie, a principios de 2005, a que se desencadenasen las desinteligencias entre el duhaldismo y el felipismo, a propósito de un conflicto que involucraba al gobierno nacional²⁷. La mediación de Kirchner no se hizo esperar, permitiendo la resolución institucional de la crisis desatada. Sin embargo, el problema del liderazgo permanecía abierto: ni Duhalde podía hacer y deshacer en su distrito ni Solá contaba con fuerza propia para doblegarlo. El desempate comenzó lentamente al iniciarse la discusión por la renovación legislativa en la provincia. Solá armó su propio bloque en la legislatura, pasando a convertirse en la segunda minoría, en tanto el duhaldismo retenía el predominio de la Cámara Baja. Desde su nuevo ámbito, Solá se autohabilitó para negociar espacios en la confección de las listas legislativas. La sola posibilidad de que Kirchner estuviese del lado del gobernador impactó en varios distritos bonaerenses: 48 de los 76 intendentes peronistas suscribieron al kirchnerismo expresado por el gobernador.

²⁷ Para mayor información sobre la disputa Duhalde-Solá y la intervención de Kirchner a propósito del presupuesto, ver Ollier (2005).

Pese a la escisión del PJB, la relación entre Kirchner y Duhalde permanecía en estado de tregua, incluso la candidatura a senadora por el peronismo bonaerense de Cristina Fernández venció la resistencia del duhaldismo, sobre todo cuando las encuestas mostraban que superaba por un amplio margen a la señora de Duhalde (desde el inicio los números indicaban que la Senadora estaba más de 15 puntos por encima de la Diputada en intención de voto). Por lo tanto, la postulación de la dirigente bonaerense quedó congelada y el duhaldismo se dispuso a ubicar la mayor cantidad de aspirantes propios en las listas kirchneristas. El 27 de abril, el gobierno lanzó la campaña electoral nacional en un acto realizado en el estadio cerrado de Obras Sanitarias, cuya oradora principal fue Cristina Fernández y donde no faltaron las menciones a Evita y Perón. Allí la Primera Dama recalcó la estrategia ya planteada por Kirchner: asumir la elección como un virtual plebiscito a la gestión presidencial. En ningún momento aludió a su propia candidatura (*Clarín*, 28/4/2005). El acto resultó una muestra contundente del acercamiento de Kirchner a la vieja corporación peronista. Estuvieron presentes el arco sindical en pleno, Solá y casi todo su gabinete. La frágil tregua se rompió ese mismo día cuando Hilda Duhalde cuestionó que el presidente criticara la alianza entre López Murphy y Macri.

La ruptura, preanunciada en esas palabras, se produjo cuando Duhalde se negó a aceptar las condiciones presidenciales en el armado de las listas del PJ bonaerense. Por primera vez, en más de una década, emergía una oposición fuerte contra el caudillo, que le discutía su liderazgo y manejaba los recursos provinciales. Solá lanzó el Frente para la Victoria donde celebró la candidatura de Cristina Fernández, elogió al Presidente y se presentó como su proyecto en la provincia (*Clarín*, 8/5/2005). Resultaba evidente que el gobernador no estaba solo. En respuesta a esta maniobra, el máximo órgano de conducción del peronismo bonaerense, el Congreso Provincial, convocado por el duhaldismo, resolvió sancionar a los afiliados que en octubre compitiesen por afuera del PJ. El final de la historia fue la presentación, el 1 de julio de 2005, de dos listas —la oficialista (Cristina Kirchner) y la opositora (Hilda Duhalde)— que reflejaban la disputa nacional penetrando en el territorio bonaerense (*impacto nacionalizador*)²⁸. En una situación plagada de ironías el hasta ayer hombre fuerte del peronismo bonaerense pasaba, junto con el PJB, a ser opositor al oficialismo en su distrito. El triunfo de Cristina Kirchner trajo aparejado el pasaje del ex aparato duhaldista hacia la órbita

²⁸ Sus votantes eligieron 23 senadores provinciales de cuatro secciones electorales y 46 diputados de las cuatro secciones restantes.

de una nueva conducción con vértice en Kirchner²⁹. La designación de Daniel Scioli (otra vez un vicepresidente sería el postulante a gobernador del PJB) o de cualquier otro para el 2007 da cuenta del requisito que debe cumplir el aspirante: ser “el” elegido por la voluntad presidencial (*impacto nacionalizador*).

En suma, el vínculo de Kirchner con Duhalde en la primera etapa, y las maniobras del Presidente y su nuevo aliado, el gobernador Solá, en la segunda, trajeron a escena la imbricación de las instancias nacional y provincial a través de sus diferentes impactos (ver Cuadro 1); *nacionalizador*: la candidatura de C. de Kirchner a la senaduría y la postulación de Scioli a la gobernación; *provincializador*: no hay; *cooperativo*: la nominación y el triunfo de Solá a la gobernación y la relación mantenida entre Kirchner y Duhalde entre 2003-2004. Advierto éste último porque dadas las frágiles condiciones de llegada del presidente Kirchner, el grado de cooperación de Duhalde resultaba relevante. Luego de las elecciones de 2005 se observa una total pérdida de autonomía política de la provincia en relación al poder central.

Un resumen de los diferentes períodos muestra que el primero, centrado en la disputa entre Cafiero e Iglesias, contiene tres impactos nacionalizadores: dos provincializadores y uno cooperativo. El segundo período, definido por la relación Menem-Duhalde, presenta tres impactos nacionalizadores: seis provincializadores y cuatro cooperativos. El tercero, enfocado en la presidencia de Néstor Kirchner, advierte dos impactos nacionalizadores y dos cooperativos. Debemos señalar aquí la ausencia de impacto provincializador que devela la falta de autonomía política que posee hoy la Provincia de Buenos Aires. Si contabilizamos el número total de impactos observamos ocho nacionalizadores, ocho provincializadores y seis cooperativos. El empate entre los dos primeros es una prueba de aquello que sostuvimos al inicio del artículo: resulta un lugar común afirmar que desde antaño la Provincia de Buenos Aires ha jugado un rol preponderante en la política argentina. Sin embargo, la provincia sufre, al mismo tiempo, un marcado proceso de “nacionalización”; esto es, un impacto decisivo de la política nacional en su territorio. El empate da por tierra con el argumento sobre la exclusiva relevancia de la política provincial sobre la dinámica nacional.

²⁹ Nuevamente el peronismo bonaerense planteó una división en las urnas capaz de desafiar el liderazgo partidario del distrito. Pese a las diferencias (Cafiero decidió el camino extra-partidario porque no habilitaron la competencia interna, mientras Kirchner y Solá lo hicieron para no competir por dentro) las dos situaciones tienen en común la derrota del PJB a manos de peronistas agrupados bajo otra sigla.

V. Reflexiones finales

Pensando hacia delante, el artículo da lugar a algunas reflexiones con las cuales es posible colocar un provisorio punto final. La primera descansa en la presunción que subyace al texto: la imbricación de las políticas nacional y bonaerense, al poseer una influencia definitiva en la emergencia, la estabilidad y el declive de los jefes peronistas provinciales, establece la singularidad de Buenos Aires en relación al interior. Sin descartar las particularidades capaces de distinguir a otras provincias, este supuesto coloca a Buenos Aires, en su nexa con la nación, en una posición de fortaleza y de debilidad particularmente significativa. Desde esa perspectiva, la irregularidad, la imprevisión y el contenido de los impactos advierten no sólo la ausencia de una relación lineal entre ambos territorios sino también la presencia de una clara tensión en la definición de los rumbos de la política (segunda reflexión). Las resoluciones de dicha tensión, cargada de conflictos, influyen de modo decisivo en las dinámicas nacional y provincial.

Volviendo la mirada al tema central desarrollado, estas notas esbozan una descripción tentativa del peronismo bonaerense cuyo estudio debería asentarse en tres pilares: (1) la relevancia de sus liderazgos (2) comprendida dentro de los límites de una configuración política identificada como peronista, (3) la cual ha demostrado una ininterrumpida capacidad de acceso y permanencia en el gobierno provincial. Cada uno de ellos contiene una reflexión que se suma a las anteriores y que gira en torno a tres nociones (liderazgo, partido y gobierno). Comienzo por el primero.

Fabbrini (1999: 10) distingue entre liderazgo (actividad) y líder (actor)³⁰. Atendiendo a esta distinción, el liderazgo debería ser analizado en una doble dirección: hacia adentro del partido y en relación con su entorno (Panebianco)³¹. Desde esta perspectiva, en dirección al primero podemos computar cuando Duhalde prefirió formar parte de las huestes menemistas, o cuando Solá eligió integrarse al kirchnerismo; en dirección al último registramos cuando Cafiero optó por dar batalla por fuera del justicialismo o cuando Duhalde recurrió a Ruckauf y a Solá como candidatos capaces de

³⁰ El autor distingue entre líder (actor) y liderazgo (actividad) y define al último como una relación que se establece para resolver problemas específicos o para promover un resultado deseado. El liderazgo no sólo no coincide con el líder sino que aquel es una actividad que se desarrolla en un contexto y en un período de tiempo. Citado y traducido por Carrizo (2002: 245).

³¹ Acudo a la noción de entorno de Panebianco (1982) que refiere tanto al propiamente partidario, el momento electoral, como la sociedad en la cual un partido se desenvuelve.

captar votos independientes. Esto explica que no todos los gobernadores bonaerenses fueron a su vez jefes del peronismo provincial. Aunque todos los jefes provinciales del peronismo fueron gobernadores (Cafiero y Duhalde)³². Acá suele emerger un problema: la exigencia de convalidación en las urnas ha llevado a los jefes partidarios (claramente a Duhalde) a tener una “política de candidatos” capaz de amenazar su poder al conferir un rol decisivo a los aspirantes. Cuando éstos ocupan el ejecutivo, si deciden “independizarse” (llevando a cabo su propio juego político —como sucedió con Solá en relación a Duhalde—), se hallan en condiciones de poner término no sólo al liderazgo sino a la existencia del líder como tal. El hecho evidencia las limitaciones que ponen, tanto al liderazgo como al líder, la combinación de reglas, la configuración partidaria y el entorno. No obstante las restricciones de los liderazgos, sus capacidades para desenvolverse dentro de ellas también cuentan; pues ni Cafiero, pese a su rol clave en la renovación peronista y su asenso a la conducción nacional, logró sostener su liderazgo de modo prolongado, ni Ruckauf ni Solá llegaron a construirlo, aunque obtuvieron la gobernación provincial.

En este sentido, además de los condicionantes que la combinación de reglas, configuración partidaria y entorno establecen sobre el desempeño del liderazgo, sería interesante explorar los atributos que demanda la jefatura peronista. Tanto Cafiero como Duhalde fueron depositarios de una conjunción de componentes tradicionales y modernos. Los primeros tienen que ver con la presencia de un sustrato caudillesco capaz de acentuar las relaciones personales, no sujetas a reglas, que privilegia la relación cara a cara³³. Los segundos se vinculan a la instauración de ciertas reglas, como la elección interna, y la atención prestada a las encuestas y a los humores de la opinión pública y la presencia de consultores de imagen asesorando al líder o al candidato, para nombrar algunos de los recursos de la política de hoy. Las elecciones periódicas, la imposibilidad de la reelección indefinida y otros rituales de la democracia representativa, impiden la eternización de los caudillos peronistas bonaerenses; con lo cual la noción misma de caudillo, en el sentido tradicional, merece matices.

En resumen, ciertas capacidades políticas personales (fundadas en una combinación de rasgos tradicionales y modernos) parecieron ofrecer a diferentes dirigentes partidarios la ocasión para llegar y estabilizarse en el po-

³² Dejo de lado a Iglesias pues viene del período previo a la democracia de 1983.

³³ En este sentido Duhalde fue mucho más lejos que Cafiero. El primero era famoso por sus multitudinarios asados (y fútbol) con los dirigentes peronistas donde renovaba ese vínculo de manera permanente.

der; sin embargo esos atributos personales, reforzados incluso por una versión de la “personalización de la política”, siempre se desplegaron dentro del juego desarrollado centralmente en el conglomerado justicialista (tercera reflexión). Es decir, la personalización de la política no logra, en el diseño peronista, despojar a sus líderes de toda referencia identitaria³⁴. Si bien la personalización del poder conforma un dato claro del peronismo bonaerense, los gobiernos constitucionales, al suponer un poder impersonal basado en reglas formales que otorga al liderazgo un tinte burocrático ubica en el “cargo”, antes que en la persona que lo ocupa, el fundamento último del poder (D’Alessandro, 2006). Ahora bien, si las capacidades políticas de los líderes aparecen enmarcadas dentro del conglomerado y la identidad peronista, la pregunta que queda abierta refiere a cuáles son los márgenes de autonomía a los que un líder puede alcanzar, y sus posibilidades de ejercer el liderazgo. De ahí la dificultad de referir, de manera lisa y llana, a líderes sin partido.

Esta reflexión nos mueve, entonces, hacia el otro pilar (gobierno), que desde nuestra mirada emerge estrechamente ligado al partido, al liderazgo y al líder en el peronismo bonaerense. Los cuatro recambios de sus máximos referentes en 24 años (Iglesias, Cafiero, Duhalde y Kirchner) sugieren que la cohesión identitaria se debe a la presencia de una serie de jefes locales, en general intendentes, que negocian sus posiciones con el líder correspondiente (sea gobernador o presidente). No se trata simplemente de la subordinación del partido al gobierno. Más bien advierto la existencia de una configuración partidaria cuyo poder reside en el gobierno, hasta tal punto que éste acaba constituyéndola (cuarta reflexión). El gobierno (nacional, provincial o local) emerge, entonces, como la única instancia de representación colectiva, y en consecuencia sus ocupantes se convierten en los verdaderos representantes de la ciudadanía (quinta reflexión). Esto podría explicar que el PJ en el gobierno se desdobra en oficialismo y oposición, como bien lo ha señalado Torre (1999); desdoblamiento que acaba constituyendo la garantía de permanencia en el gobierno. Las elecciones legislativas de 2005 lo mostraron con claridad: el oficialismo provincial (C. Kirchner) venció a la oposición (H. G. de Duhalde); entre ambos se llevaron la mayor parte de los premios³⁵. Sin embargo el desdoblamiento puede pensarse tam-

³⁴ Si Juan Carlos Blumberg fuese candidato a gobernador estaríamos frente al modelo de personalización de la política de un *outsider* (o político sin partido). En cambio Scioli no dejaría (ni él ni la ciudadanía) de referenciarse en el peronismo kirchnerista.

³⁵ En este sentido el artículo no acuerda con la caracterización de Levitsky (2003 y 2005) quien supone un caos peronista que no advierte el tipo de lógica vertical que, desde el gobierno, estructura al peronismo bonaerense (del cual toma ejemplos para su publicación de 2003).

bién en su camino para lograr el gobierno, y no sólo conversarlo (sexta reflexión). El justicialismo ofreció dos alternativas en las elecciones legislativas de 1985 cuando se fraccionó para quedar como opción para la gobernación en 1987. Si el hecho fue excepcional merece ser explorado. Es decir, esa colocación dual sólo se comprende en el marco de la lógica peronista orientada hacia el gobierno, es decir, hacia la posición donde reside, y se ejerce, el poder político de manera directa. De ahí que el gobierno acaba reacomodando y redefiniendo el liderazgo, el líder y el partido. Sólo en ese marco se comprenden tanto la vieja noción de caudillo como los nuevos atributos de personalización de la política y del poder.

Bibliografía

- Amaral, Samuel (2005). “Fama nacional y política local: Pinky en La Matanza, 1999”, en Amaral, Samuel y Susan C. Stokes (comps.), *Democracia Local. Clientelismo, capital social e innovación política en la Argentina*, Buenos Aires, Eduntref.
- Arias, María Fernanda (2004). “Institucionalización partidaria en el justicialismo: la corriente renovadora” en *Revista SAAP*, Vol. 1, N° 3, Buenos Aires.
- Auyero, Javier (1997). “Evita como Performance. Mediación y resolución de problemas entre los pobres urbanos del Gran Buenos Aires”, en Auyero, Javier (comp.), *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo contemporáneo*, Buenos Aires, Losada.
- Béjar, María Dolores (2005). *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina.
- Calvo, Ernesto y Marcelo Escolar (2005). *La nueva política de partidos en la Argentina*, PENT-Prometeo, Buenos Aires.
- Carrizo, Carla (2002). “Presidentes, partidos y dirigencia política en Argentina: del gobierno del partido al gobierno competitivo (1983-2000)”, en Hofmeister, Wilhelm (comp.) *‘Dadme un balcón y el país es mío’. Liderazgo político en América Latina*, Río de Janeiro, Konrad Adenauer Stiftung.
- Chiara, M., C. Danani y J. Flic (1997). *El fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense: una aproximación institucional*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- D’Alessandro, Martín (2004). “¿Qué es la personalización de la política? Algunos hallazgos en los medios gráficos, 1983-1995”, en *Revista Argentina de Ciencia Política*, N° 7-8, Buenos Aires, Eudeba, septiembre.
- D’Alessandro, Martín (2006). “Liderazgo político”, en Aznar, Luis y Miguel De Luca, *Ciencia Política. Cuestiones y problemas*, Buenos Aires, Ariel.

- de Ipola, Emilio (1987). “La difícil apuesta del peronismo democrático”, en Nun, José y Juan Carlos Portantiero (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Fabbrini, Sergio (1999). *Il principe democratico. La leadership nelle democrazie contemporanee*, Roma, Laterza.
- Frederic, Sabrina (2004). *Buenos vecinos, malos políticos Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.
- Gutiérrez, Ricardo (2000). *De la derrota a la reelección: las transformaciones del peronismo entre 1982 y 1995*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Gutiérrez, Ricardo (2003). “Peronismo y democracia entre 1983 y 1995”, en *Política y Gestión*, Vol. 5, Buenos Aires, Escuela Política y Gobierno, UNSAM.
- Hintze, S. (1989). *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, CEAL.
- Iñiguez, A. y A. Sánchez (1995). “El conurbano bonaerense y la provincia de Buenos Aires, condensación de la tragedia nacional de la desocupación y la subocupación”, *Cuaderno de trabajo Nº 7*, Buenos Aires, IBAP.
- Levitsky, Steven (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America Argentine Peronism in Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Levitsky, Steven (2005). “Crisis and Renovation: Institucional Weakness and the Transformation of Argentine Peronism, 1983-2003”, en Levitsky, Steven y María Victoria Murillo, *The Politics of Institutional Weakness Argentine Democracy*, Pensilvania, The Pennsylvania State University Press.
- Luchessi, Pablo (s/d). *Los espejos de Duhalde*, Buenos Aires, Editorial Tiempo.
- Malamud, Andrés (2004). “Federalismo distorsionado y desequilibrios políticos: el caso de la provincia de Buenos Aires”, en Tula, María Inés (ed.), *Aportes para la discusión de la Reforma Política Bonaerense*, Buenos Aires, Prometeo.
- Masson, Laura (2004). *La política en femenino: género y poder en la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Antropofagia-IDES.
- Maurich, Mario Ricardo (2005). “Partidos políticos y gobierno en el ámbito municipal: organizaciones partidarias, gabinetes de gobierno y desempeño democrático en Avellaneda, Quilmas y Florencio Varela (1983-1999)”, en Amaral, Samuel y Susan C. Stokes (comps.), *Democracia Local. Clientelismo, capital social e innovación política en la Argentina*, Buenos Aires, Eduntref.
- Mc Adam, Andrew (1996). *Cafiero. El Renovador*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor.
- Melón Pirro, Julio César y Nicolás Quiroga (2006). *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas política, 1946-1955*, Mar del Plata, Ediciones Suárez.
- Munck, Gerardo (2004). “Democratic Politics in Latin America: New Debates and Research Frontiers”, Paper preparado para el Annual Review of Political Science, Vol. 7, Annual Reviews, Palo Alto.

- Mustapic, Ana (2002). “Del partido peronista al partido justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”, en Cavarozzi, Marcelo y Juan M. Abal Medina (comps), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Navarro, Mario F. (2003). “La provincialización anárquica de la política argentina”, Paper presentado en el VI Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), mimeo.
- Novaro, Marcos (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- O'Donnell, Guillermo (1995). “Delegative Democracy?”, en *Journal of Democracy*, Vol. 5, N° 1.
- O'Donnell, María (2005). *El aparato. Los intendentes del Conurbano y las cajas negras de la política*, Buenos Aires, Aguilar.
- Ollier, María Matilde (2001). *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ollier, María Matilde (2003). “Argentina: Up a Blind Alley Once Again? From an Alliance in the Executive to a Coalition in Parliament”, en *Bulletin of Latin American Research*, Vol., 22, N° 2, Londres.
- Ollier, María Matilde (2004). “Hacia un patrón argentino de inestabilidad”, en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, N° 27, año XIV, segundo semestre, Santa Fé, Universidad Nacional del Litoral.
- Ollier, María Matilde (2005). “Liderazgo presidencial y jefatura partidaria: entre la confrontación y el pacto (2003-2005)”, en *Temas y Debates*, Año 9, N° 10, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.
- Ollier, María Matilde (2006). “Más allá del presidencialismo y del parlamentarismo”, en *POSTData*, N° 11, Buenos Aires, abril.
- Ollier, María Matilde y Ana Mustapic (2003). “El futuro del partido justicialista”, en *Textos*, Año 2, N° 3.
- Palermo, Vicente y Marcos Novaro (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Editorial Norma.
- Panbianco, Angelo (1982). *Modelos de partido*, Madrid, Alianza.
- Sidicaro, Ricardo (2002). *Los tres peronismos Estado y poder económico, 1946-55/1973-76/1989-99*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Torre, Juan Carlos (1999). “El peronismo como solución y como problema”, en Torre, Juan Carlos, et al., *Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado*, Buenos Aires, Norma.
- Walter, Richard J. (1987). *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé.

Palabras clave

Liderazgo – peronismo – Buenos Aires - nacionalización - territorialización

Key words

Leadership – peronism – Buenos Aires - nationalization - territorialization

Abstract

The article aims to demonstrate the interconnectedness of national politics and those of Buenos Aires Province between 1983 and 2005 expressed in the upper leadership positions of the provincial Justicialist Party. The result is translated in the presence of a gray area where both territories “nest” their political dynamic, producing different scenarios derived from three types of political impact: the “provincializing” (the impact of the province on the nation), the “nationalizing” (the nation’s effect over the province), and cooperative. The article partially refutes the myth of exclusive influence of provincial politics in the national sphere at the same time that it verifies the inverse process by which Buenos Aires Province, as no other sub-national state, suffers from the avatars of macro-politics.